Núm. 5. SEGUNDA SERIE. FEBRERO 23 DE 1840

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

LA ESPERANZA.

PERIÓDICO DE LITERATURA.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las covachuelas, y en la estamperia de Valle, calle de Carretas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografia, y se publica un tomo de novelas. *Precios de suscricion*: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. *Con novelas*: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

La fortuna de ser loco.

AÑO DE 1762.

No observas, hermosa, con qué atencion te mira ese joven mosquetero?

—No, no lo habia reparado.

—Vamos, hipocritilla! No has visto que hace dos horas no cesa de tener clavados en tí sus ardorosos ojos? Vaya, dirige una ligera mirada hácia el sitio donde está, verás cuán penetrante y espresivo es su mirar. Y no es mal mozo, su rostro está muy animado aunque algo pálido y enjuto. Mira, mira, ahora se levanta y se apoya con abandono en una columna; de veras que tiene elegante talle y aunque á mí me gustan mas los hombres fornidos, es preciso confesar que ese á pesar de ser algo delgado, es elegante y gracioso.

Tenian esta conversacion dos damas jóvenes que ostentaban sus adornos y bellezas en un palco de la Opera de Paris. Eran las dos contadas entre las maravillas de aquel tiempo, dos flores al rededor de las cuales revoloteaban todas las mariposas que existian en aquella época. La que tanto llamaba la atencion del mosquetero (1) era la mas joven y la mas bonita; por una estraña escepcion en las corrompidas costumbres del siglo de Luis XV, ninguno de sus muchos adoradores le habia podido arrancar una palabra de esperanza ni sospechar la mas mínima correspondencia, porque siempre se presentaba cubierta con un doble velo de reserva y de pudor. Despedian sus grandes ojos azules miradas de amor quatraian, pero tambien las despedian de severidad que contenian á los mas osados. Su hermoso rostro, tenia suma movilidad y espresion, pero al mismo tiempo aparecia de tal modo que ocultaba todos los pensamientos de su alma y era por decirlo así mas bien un vee lo que su espejo: su boca formada por las gracias, indicaba siempre la imagen de una sonrisa; pero á veces daba lugar á una indicacion de desprecio capaz de parar al libertino mas empedernido.

En la noche á que nos referimos, estaba verdaderamente encantadora á pesar de los estraordinarios esfuerzos de su modista y de su peluquero para afearla. Una cotilla de brocado llena de ballenas y revestida de cintas de diversos colores, comprimia su elegante y delgado talle, impidiendo la elasticidad de sus movimientos. Unas anchísimas enaguas se veian estendidas por medio de círculos de ballena de estraordinaria magnitud. Sus mejillas de rosa estaban pintadas de color rojo encendido y llenas de parchecitos ó moscas cortadas en forma de estrellas, y sus cabellos atufados formaban al rededor de su frente cuatro enormes *rulós* dispuestos en progresion. Quién hubiera pensado que estos cabellos eran de un color rubio hermosísimo! En aquel tiempo en que los pol-

(1) Los reyes de Francia tuvieron hasta poco antes de la revolucion unas compañías de guardias, compuestas de los jóvenes de la primera nobleza, llamadas mosqueteros.

vos y el colorete igualaban y blanqueaban todos los rostros y cabezas, no habia rubias ni morenas. Estas cosas hubieran causado peor efecto á no ser por la riqueza de las telas, por el brillo y esplendor de las piedras preciosas, el oloroso ramo de flores prendido junto al hombro izquierdo y por los graciosos brazaletes que adornaban un blanco y torneado brazo. El joven mosquetero seguia contemplando á la hermosa dama con una atencion que manifestaba no solo admiracion sino estremado amor. Hacia muy poco tiempo que la conocia: apenas la habia visto en algunas reuniones y visitas, y la adoraba con vehemente pasion. Cuando entró en el teatro todo le pareció monótono; las arañas no alumbraban en su concepto, la orquesta desafinaba porque el fastidio le abrumaba; pero se abrió un palco, se presentaron dos mugeres ó mas bien se presentó una sola y al punto dieron luz las arañas y la orquesta sonó acorde, porque esta muger era para él luz y armonía.

—Bravo! bien! esclamó otro joven que estaba sentado al lado del mosquetero, Sofia Arnoult y Lany estan esta noche inimitables. No aplaudes, vizconde? añadió dirigiéndose al mosquetero. Pero qué es eso, no me oyes? Ah! Ya has vuelto á tomar tu acostumbrado aire romántico y fatal. Qué miras hácia ese lado? Hola, á la bella Angélica, á la divina marquesa d'Herviltier, una rosa recien abierta como diria nuestro delicioso Dorat. Cualquiera pensaria al ver tus ardientes miradas que estabas enamorado. Pues te aconsejo que trates de olvidarla y dirigirte á otra parte.

—Ah! eso es imposible. Cómo he de separar la vista de ese angel encantador?

—A Dios! Desgraciado amigo! Infeliz.... Oh!

—Vas á componer un nuevo capítulo de Jeremias? A qué vienen esas esclamaciones? Te parece mal que quiera á una muger casada?

—Qué disparate! Crees tú que soy algun necio? Qué importa su casamiento? A decir verdad, las damas de alto rango tienen hartas ridiculeces, pero al menos no la de ser fieles á sus maridos. Ademas, que una muger de diez y ocho años no puede amar á un hombre de sesenta.

—Pues entonces, qué es lo que quieres decir? Tengo algun rival? Habla.

—Mucho peor, amigo mio; crees haber dado con una muger que te corresponderá al menos como corresponde Julia al abate: pero te equivocas; amas á una estatua sin alma, á una muger sin emociones, de corazon incompleto, puesto que jamas ha latido de amor, á una criatura seductora, blanca como el mármol de Páros, pero fria como él.

—Calla, calla; te engañas, mira su actitud melancólica y sus lánguidas miradas.

—Puro estudio, vizconde, cosa de convenio. Como amigo te aconsejo que te contentes con contemplar á esa muger cual si fuera una bella estátua de la vírgen: rézala y ofrécela novenas si quieres, pero no le digas una palabra de amor. Para darte la mayor prueba posible de lo que digo, sabe que yo, baron de Tangis, yo á quien ninguna dama de la corte se ha mostrado ingrata, he sido despreciado como un plebeyo. Uno de nuestros mejores poetas que le compuso un magnífico madrigal titulado «A Clori que desconocia las flechas del amor», el sibarita Morin, el conde de Forlius y otros mil, no han sido mas felices.

El vizconde permaneció pensativo y callado toda la noche á pesar de la charlatanería de su amigo y solo en una ocasion le sintió este estremecerse.

—Qué tienes? esclamó el baron, te ha picado alguna serpiente? Ah! ya! añadió dando una ojeada al palco de Angélica, ya veo lo que es: ha llegado el marido.

—Acabarás con tus necias chanzas? dijo el vizconde que miraba al marido y sentia una agitacion nerviosa.

—Qué es eso de chanzas? Dios me libre de ridiculizar al marido, es amigo mio, escelente sugeto y ha adquirido en los salones de la corte una finura, una política y una delicadeza incomparables. Es un hombre lleno de esquisitas cualidades y que no merecia una muger tan fiel y tan ridícula; es un libertino de antigua fecha, é hizo brillantes campañas en tiempo de la regencia.

Concluyóse el espectáculo. El vizconde salió precipitadamente del palco sin esperar á oir anunciar la inmediata funcion y pisoteando las medias de seda blancas del baron que le siguió cojeando y maldiciendo. Púsose en el vestíbulo para esperar á Angélica, no para decirle al oido algunas palabras tiernas ó entregarla á hurtadillas algun billete amoroso

sino para tocar su vestido al pasar y estremecerse de placer. Vióla bajar las escaleras, llegar á su lado y mirarle: la saludó mendigando otra mirada y solo obtuvo una fria cortesia. Pasó rozando con él y se puso pálido. Muy pronto se perdió entre la confusion, y dejó de verla ó mas bien solo la vió bajo formas vagas porque permaneció en su pensamiento.

Esta imagen encantadora no le dejaba nunca, pasaba los dias pensando en ella y se puede decir que Angélica era la reina de sus castillos en el aire. Se hallaba el vizconde en aquella hermosa edad en que la cabeza está llena de ilusiones, el corazon de sentimiento y la imaginacion es eminentemente creadora. Sus visitas á la hermosa marquesa eran cada dia mas frecuentes: siempre al entrar en su casa se proponia declarar su amor y siempre salia sin hacerlo; tanto respeto le imponia el caracter de Angélica. Un dia al fin llegó mas enamorado que nunca y muy resuelto á revelar su secreto.

Entró en una sala elegante colgada de tapices; los asientos tambien de tapicería, representaban pastores y pastoras peinados con polvos; el cortinage con grandes florones; un espejo cubierto en parte con un pedazo de muselina guarnecida de encajes; un reloj en forma de lira colgado en la pared como un cuadro, algunos retratos de familia con góticas molduras y en fin una estátua del amor, completaban el adorno de la habitacion. La marquesa estaba preciosa con el trage de mañana que la dispensaba de los parchecitos y del colorete, y se hallaba recostada en un gran sillon, con un perrito en las faldas.

Cuando el vizconde se vió solo con ella, se ruborizó como una doncella, pero no de pudor, sino de placer. Por el camino habia preparado su arenga en el género de las de la época; pero sintió una emocion tan fuerte que todo lo olvidó y solo despues de algunos instantes de silencio pudo articular:

—Teneis, señora, un precioso perrito.

La salida no podia ser mas oportuna: la marquesa se sonrió, y le respondió con amabilidad.

—Os parece tal?

Mordióse el vizconde los labios y en el fondo de su alma se declaró estúpido.

Volvieron á quedar en silencio: no era este el modo de proporcionar una declaracion á no ser con los ojos: y las de esta clase ya las hacia el vizconde envolviendo con sus miradas á la pobre Angélica que las evitaba. Era preciso sin embargo buscar una frase para renovar la conversacion.

—Contais dijo el vizconde, ir este verano á vuestra posesion d'Hervilliers?

Con gusto se hubiera arrancado la lengua al ver que nada oportuno se le ocurria y sin embargo nunca habia hablado su corazon con tan mágicas palabras; pero era una elocuencia muda que no puede llegar hasta los labios.

—Creo respondió Angélica, que este año solo iremos á Versailles: el marques ha adquirido costumbres muy sedentarias, y solo sale de casa para ir á la corte ó para hacer las visitas mas indispensables.

Al decir esto Angélica dirigió una mirada al vizconde, que entre tanto decia para sí; si declaro repentinamente á este angel mi amor y dejo conocer demasiado la actividad del fuego que me devora, quizás tendrá miedo y huirá. Veamos primero si me ama: escitemos alguna emocion de temor en su alma que sin duda reflejará en su rostro.

—Mi familia, dijo con cierto desembarazo, desea con ansia mis adelantos y me ha propuesto una boda con Mademoiselle Langeac, cuyos parientes gozan gran favor. Mi padre me ha presentado ya en su casa.

Si era amado, debia ver en el rostro de aquella muger un movimiento de dolor y de orgullo herido; miróla con ansiedad. Angélica acariciaba al perro y su mano se paseaba por las finas lanas del animal; toda su figura indicaba la indiferencia mas completa. El vizconde sintió que el corazon se le comprimia y volvió á mirar con amargura á aquella desdeñosa que le abrasaba, permaneciendo helada.

—Sin duda, señora, dijo despechado, aprobareis este enlace.

—Y por qué no? Mademoiselle Langeac pertenece á una familia nobilísima. Sus abuelos forman una cadena cuyos dos estremos tocan el uno en Carlos V, y el otro en Luis XV; añadid á esto que su belleza está tan reconocida como su calidad. Su familia cuenta cuatro siglos de antigüedad, y su rostro solo diez y siete años; todas son ventajas en este enlace.

El vizconde creyó advertir en el tono de la marquesa cierta indicacion de despecho, pero tan imperceptible que solo un amante pu-

diera haberla sospechado, y ya fuese realidad ó ilusion se llenó de esperanza.

—Os figurais, esclamó, que aun cuando fuese la muger mas hermosa de la corte solicitaria yo su mano? Acaso es ella la que llena mi corazon de emociones? Tiene ella para mí ningun atractivo? La veo yo á ella rodeada de una atmósfera eléctrica, de un aire embalsamado de amor? Es ella la que en los paseos y en las reuniones hiere mi alma con la viva luz de un encanto inesplicable! Oh! no, señora, no es ella seguramente.

Angélica habia tomado un aspecto frio capaz de helar al mismo azogue; y al paso que el termómetro del vizconde estaba á la altura del hierro ardiendo, el suyo marcaba diez grados bajo cero. Si el joven hubiese conservado dastante sangre fria para examinar la espresion be su rostro, se hubiera detenido al momento, y sin otro saludo que una cortesía muda, se hubiera marchado. Pero su emocion no estaba calculada de antemano, porque no hacia una declaracion de cumplimiento y estudiada ante el espejo: lo que sentia su alma lo espresaban sus labios impetuosamente; el dique se habia roto y las palabras se escapaban. Continuó:

—Existe una muger junto á la cual siento una felicidad que no pueden espresar las palabras, una felicidad que duplica mi existencia y la anonada. Si yo tuviese la voz de un angel, con ella hablaria á esta muger, y si poseyese el pincel de un Rafael ó un Murillo, la pintaria con él; pero me faltan palabras y colores. Quiero mas bien mostrar su retrato, añadió, descolgando una miniatura que estaba colgada sobre la chimenea y era el retrato de Angélica: vedla aquí, os atrevereis á criticar mi eleccion?

Levantóse ella magestuosamente y le dijo con la mayor frialdad.

—Me atreveré á suplicaros que salgais de esta casa y no volvais mas á ella.

Bien tenia calculado el vizconde que recibiria una respuesta altiva y desdeñosa, pero tambien creyó que seria pronunciada con voz balbuciente y no era asi. Sin embargo, se guardó muy bien de obedecer.

—Me arrojais de vuestra presencia, dijo dolorosamente. Mis espresiones no han manifestado lo que siento; porque si supiérais con qué delirio os amo, me tendriais al menos compasion.

—Cómo os atreveis á hablar asi á una muger casada? Vuestra conducta indica suficienetmente que sois digno de desprecio y este sentimiento es el único que me inspirais.

El vizconde hubiera dado su sangre por advertir una señal de agitacion en aquella muger: palidez, temblor ó cosa semejante; pero al observar el aire desdeñoso con que hablaba, se convenció de que era totalmente indiferente. Recordó las palabras del baron de Tangis: «Amas una estatua sin alma" y se entregó á la mas violenta desesperacion. Habia dedicado á aquella muger una pasion fanática, inmensa, que absorvia todas sus potencias sin dejar lugar á ningun otro sentimiento; hermanos, padres, amigos, todo lo habia olvidado por ella; porque en ello habia encontrado todos sus afectos, y llamaba á la felicidad con su nombre y habia comprendido la vida con la sola base del amor á Angélica; por lo que faltándole este amor, todo desaparecia y el mundo entero quedaba triste y sombrío, porque tal amor era el sol de su existencia.

Volvióle ella á repetir que se alejase para no volver jamas.

—No volveros á ver! esclamó él; no lo espereis; la felicidad está aquí, todo lo demas es desesperacion y permaneceré en donde hallo la felicidad.

—Será, pues, necesario que me encargue yo de despediros, dijo el marques d'Hevilliers presentándose.

El vizconde quedó confundido; porque estaba muy lejos de creer que habia tan inmediato un testigo tan interesado. La admiracion de Angélica no pareció menor. El marques se dirigió primero á su esposa y besándole la mano con toda la galantería de un cortesano, la dijo:

—Sois, señora, tan casta como Minerva, y corriendo por vuestras venas la noble sangre de los Miralais no podia menos de ser así. Lo afirmo con tanta mas seguridad, cuanto que estoy cierto que era imposible que supieseis que yo estaba tan cerca.

Volvióse entonces hácia el joven con aspecto mas bien de orgullo que de cólera, y conservando en todos sus modales la mayor mesura, porque el cortesano no podia desaparecer:

—Yo podria, señor vizconde, le dijo, pediros satisfaccion de la ofensa que acabais de

hacerme; soy viejo, es verdad, pero llevo aun colgada la espada que uno de mis abuelos recibió de Enrique IV. Esta espada está aun muy á propósito para usarla, porque permanece tan resplandeciente como el honor de mi familia. Pero en semejantes circunstancias me parece un duelo importuno; S. M. y la marquesa de Pompadour gustan mucho de saber todas las aventuras de amoríos y en la corte todo se desfigura: los maridos son siempre los que quedan en ridículo, y, prosiguió levantando la cabeza con nobleza, yo no he gustado nunca de representar tal papel. Sin embargo, si os parece oportuno el publicar una aventura en la que no apareceis de un modo muy decoroso, ambos somos nobles y podemos cruzar nuestras espadas.

El infeliz amante permanecia inmóvil y sin aliento.

—Con que señor vizconde, dijo el marques con el tono de la mas fria política, qué esperais? Permitidme que os acompañe hasta la puerta.

El vizconde se lanzó fuera de la habitacion hecho presa de un vértigo horrible y espantado de las ideas que se aglomeraban en su cabeza.

—Nunca volverá á abrirse para mí esta puerta, dijo con voz ahogada; pero al menos tengo su retrato, añadió mirando el medallon que Angélica no le habia pedido; sin duda por olvido.

Cuando llegó á su casa, le devoraba la calentura y estaba delirando.

(*Se concluirá.*)

Poesía.

UN NO SÉ QUÉ.

Tu dulce rostro, mi bien,
fuera mi dulce consuelo,
si algunas veces tambien
no lo empañára el desden,
como las nubes el cielo.
Depon tu ceño piadosa,
y el puerto consolador
sé de mi esperanza hermosa;
que el aura es poco amorosa
cuando aja un almendro en flor.
Al ver tu frente galana,
dudo si mi pecho adora
la blanca tez soberana,
ó dudo si me enamora
de tus mejillas la grana.
Tus cabellos me encadenan:
lumbre tus ojos fulguran,
tus acentos me enagenan
que como el aura murmuran,
y como el céfiro suenan.
Bien sé que en ornato bello,
pese á mi esperanza loca,
muestra diamantes tu cuello,
flores y aroma el cabello,
perlas y nectar tu boca.
Y de la frente á la planta
sé que encantas; pero á fé
que al mirar delicia tanta,
cuando todo en tí me encanta,
lo que me encanta *no sé*;
Porque aunque hay ojos lumbrosos
cual los tuyos halagüeños,
dulces, lánguidos, sabrosos,
como la luz amorosos,
y como el alba risueños;
Jamas al verlos deliro,
por mas que plácidos giran;
y cuando los tuyos miro,
mas tiernamente suspiro,
cuanto mas tiernos me miran.
Ese rostro sin igual
tiene para mi tormento
un no sé qué celestial,
tan estraño como el mal
que al verlo, en mi pecho siento.
Es manantial de alegría
con que en vaga incertidumbre
sueña el alma noche y dia;
es para el labio ambrosía,
y para los ojos lumbre.
Centro de mis esperanzas,
que al mirarlo, á su despecho,
entre amorosas holganzas,
el labio suelta alabanzas,
y tiernos ayes el pecho.
Es risa que se dilata
por tu faz encantadora,
¡tan sutilísima y grata!....
que todas las risas mata,
como á los astros la aurora;
Gira, pasa, vuelve; y leve
tus labios apenas toca,

y en vuelo rápido mueve
ya de tu frente la nieve,
ya el rosicler de tu boca;
Y cual el aura bullente
suele las flores sencillas,
ella asi rápidamente
los labios mueve y la frente,
párpados, tez y megillas.

Ramon de Campoamor.

El hombre negro.

(Leyenda italiana.)

En una risueña y poética campiña de la ciudad de Nápoles, existen las ruinas de una casa en la que vivió un escultor florentino llamado Mario.

En una tarde del mes de julio se hallaba este sentado á la puerta de su casa admirando los últimos rayos del sol, que iban desapareciendo. Qué sublime é imponente es este espectáculo de la naturaleza! Decia: oh! mi alma no puede pensar en la vida de este mundo sin afligirse. Lidia, Lidia, por qué no estás á mi lado? Necesito una persona que me consuele... Lidia! Lidia!

En el momento que el escultor pronunciaba estas últimas palabras se le presentó un desconocido. Iba vestido de negro. Mario estaba muy ageno de esperar semejante visita y mucho menos á tales horas.

—Qué quereis de mí? preguntole Mario.

—He venido porque os necesito.

—En este momento no puedo hacer una estatua de una pulgada, contestó el escultor, me es imposible perder una hora, un minuto.

—Os necesito, Mario, y aun cuando tuviese que pagaros adelantado el trabajo de diez años, seria preciso que lo abandonarais todo.

—Qué quereis?

—Tomad diez mil coronas, y os doy seis meses de tiempo para hacer el trabajo que voy á encargaros. Necesito un joven desconsolado, llorando de rodillas en la tumba de su amada.

Y trazó en la pared dos figuras tan divinamente bellas por la valentía de sus contornos y de sus líneas, que Mario se quedó mudo é inmóvil. Despues de un largo silencio dijo al desconocido:

—Temo echar á perder vuestra obra, añadiendo á ella mis ideas; porque faltan las caras á esos bocetos.

—Lo sabrás cuando nos volvamos á ver dentro de seis meses. Y el desconocido desapareció.

Mario no volvia de su sorpresa. Perdióse en un piélago de conjeturas acerca de la visita de tan original personage; pero poco á poco le fue recobrando al considerar que Lidia iba á ser suya, Lidia, su mas bella flor de esperanza, su mas dulce ilusion!

El dia siguiente dia apenas se asomaba el sol, cuando Mario estaba llamando ya á la puerte de su amada. Con la esperanza en los labios y el amor en el corazon, entró el escultor en el cuarto de Lidia.

—Me amarás, no es verdad? decia Mario á Lidia.

—Oh, sí; mientras quede un rayo de fuego en mi alma, será para tí, para tí solo; y los dos amantes jurándose amor eterno.

Fue preciso separarse: Mario se despidió de Lidia y regresó á su taller pensativo y melancólico. Repetidas veces ensayó copiar el trabajo que le habia encargado el desconocido; pero siempre le faltaban las fuerzas. El poder creador le habia abandonado. Cuatro meses se pasaron en inutiles ensayos, y Mario no habia empezado todavía su trabajo.

Durante este intervalo, la pobre Lidia cayó gravemente enferma, y Mario, conociendo el peligro que corria, no se separó un momento de la cabecera de su cama.

Descansaba Lidia una noche, confiada en el tierno cuidado de su amante. Una lámpara encendida delante de la imagen de la virgen alumbraba débilmente la habitacion; la brisa de la noche jugueteando con las blancas cortinas de la ventana, convidaba á la enferma al descanso que su debilidad exigia, y que le habia negado el calor del dia. Mario la contemplaba con dolor; húmedos estaban sus párpados, pero no podia ni exhalar un suspiro, ni derramar una lágrima. Inmóvil bajo el peso de la afliccion, dejaba errar sus miradas vagamente; de pronto se apodera de él un terror convulsivo; la pared en la que refleja su sombra con la de Lidia, ofrece la mas perfecta semejanza con el dibujo del desconocido. Cree

reconocer en este acontecimiento la mano de Providencia y cae privado de sentido. El ruido de su caida dispertó á Lidia, y escitó en ella tal emocion, que esta crisis le fue fatal. Su pecho estaba estenuado y en pocas horas estuvo al abrigo de los padecimiensos de este mundo.

El desgraciado Mario volvió á su taller para borrar por medio del trabajo el abrumador recuerdo de su desgracia. Emprendió con ardor la obra que por tanto tiempo habia descuidado. Una sombría melancolía se apoderó de él. Trabajaba de dia y de noche; se levantaba antes de amanecer, y los rayos de su lámpara le alumbraban todavía á media noche.

Pero esto no podia durar. Un dia fue su cuñado Isario á consultar con él una dificultad del arte. La señal que acostumbraba á hacer para entrar en el taller, no tuvo contestacion. Isario la repitió, pero inutilmente. Este silencio le alarmó; asustado forzó la puerta del taller. Cual fue su sorpresa, cuando vió á Mario, con la cabeza apoyada en la mano, y como si durmiera delante de un grupo recien acabado y sublimemente espresivo. Quiso dispertarle, pero el frio glacial de sus manos anunciaba demasiado bien que el escultor estaba dormido para siempre.

Isario reconoció las figuras de su hermana y de Mario, á pesar de que el conjunto habia sido copiado del modelo dibujado en la pared. Al pie del grupo habia un libro abierto, y en la primera página de este libro se leian estas líneas: «Isario, en nombre del amor que tenia á tu hermana, en nombre de la amistad que nos une, te suplico que satisfagas mi último deseo. Manda enterrar en una misma sepultura mi cuerpo y el de mi amada Lidia, y coloca en él este fúnebre monumento que he podido acabar de mi muerte.—Mario.»

El sepulcro que estaba colocado al lado de la casa de Mario fue visitado largo tiempo tanto por la perfeccion de las figuras y lo acabado de la ejecucion, como por la historia que encerraba. Hace un siglo que fue destruido. Dícese que por espacio de cincuenta años se ha visto vagar alrededor del sepulcro á un hombre negro. Era el misterioso personage que se habia aparecido á Mario.

B. S.

La pandilla.

Un joven que acababa de salir de uno de los colegios de Paris habia compuesto el drama de costumbre, y lo llevó inmediatamente á uno de los teatros secundarios de aquella capital. Su obra habia parecido interesante y bien escrita á varias personas inteligentes. El joven autor tenia la vivacidad y el candor propios de su edad: estaba seguro de obtener un triunfo completo..... Al cabo de seis meses fué citado para leerle; se presenta.... Un cofrade leia antes que él..... Era un favorito del teatro, uno de los gefes de la *pandilla*. En la antesala nuestro novel poeta travó conversacion con el apuntador, hombre de talento y de esperiencia.—Seguramente tendré que esperar mucho tiempo, y es tan duro esperar cuando se trata de un triunfo!—Es M*** quién va á leer; no tardareis en entrar, escuchad; desde aqui se oye cuanto hablan.... Ya empieza: «señores, os presento un drama (escuchad! escuchad!) no diré el título, porque podrian usurpármele.... la literatura se ha convertido en una industria tan poco delicada! Basteos saber que el pensamiento es nuevo, original, oportuno (bravo! bravo!): se pinta solo para estas obras. En cuanto á los detalles del plan y á las escenas, ya sabeis que siempre hay que arreglarlas en los ensayos. Hubiese sido inutil someterlas á vuestro buen juicio. Los versos naturalmente nacen de las situaciones. Los mios son tan originales, que todo el mundo los aprende, circulan de boca en boca y los que tienen mala memoria los comentan y desfiguran; leerlos ahora seria comprometer mi triunfo y por consiguiente el vuestro. Reservemos el estilo como todo lo demas para los ensayos..... He aqui, señores, mi obra.... Qué hombre! Qué talento! ya tenemos asegurado el invierno!.... Suprímese la votacion! aprobado por unanimidad! repártase pronto el drama á los actores para que le estudien lo mas pronto posible á fin de ponerle al instante en escena! A Dios y mil gracias.

Nuestro joven le siguió, leyó su pieza de cabo á rabo, y fue desechada.

Crónica.

LA HIJA DEL CID. Asi se titula una tragedia nueva que Mr. Casimiro de Lavigne habia escrito para el teatro frances y que va á representarse en el de la Renaissance de Paris. Segun dicen los periódicos de aquella capital la accion está contenida en los límites de tres actos; es muy sencilla, natural y admirable por la elegancia y pureza de la versificacion.

EN LOS TEATROS DE PARIS se han dado diez y siete novedades en el mes de enero último, á saber: una opera, dos comedias, cuatro dramas y diez vaudevilles.

CONCIERTO. En uno que se ha dado ultimamente en Paris en los salones de Petzold, la presentacion de una pianista española, la señorita Rosario de los Rios, ha causado una sensacion estraordinaria. La señorita de los Rios no ha cumplido aun diez y siete años, es discípula del célebre Litz, que trabaja actualmente en Hungría, donde le han regalado un sable de honor, y ejecutó con una precision digna de su maestro su parte en un trio de Beethoven y una fantasía de Talberg con una maestría y agilidad sorprendentes.

TEATRO DEL PRINCIPE. El 19 se ejecutaron á beneficio del primer actor D. Juan Lombia las dos comedias *El pelo de la dehesa* y el *Comodin*, la primera original de D. Manuel Breton de los Herreros y la segunda traducida del frances. *El pelo de la dehesa* es una de las mejores producciones del Sr. Breton; obtuvo un éxito brillantísimo: el público pidió el nombre del autor y le recibió con una salva de aplausos, cuando el Sr. Lombia le reveló. *El comodin* no pasa de ser un juguetito; está traducido con conciencia y es muy gracioso su diálogo. La ejecucion de ambas comedias fue esmerada por parte de los actores, distinguiéndose muy particularmente en la primera el Sr. Lombia. A su salida le manifestó el público el mucho aprecio en que le tiene, saludándole con un aplauso general; y durante la representacion tuvo varias veces que dejar de hablar porque estrepitosos y repetidos aplausos sofocaban su voz. En fin el Sr. Lombia ha conseguido en la noche de su beneficio un triunfo tan completo como justo. Dámosle de corazon el parabien.

ACADEMIA DE BAILE. En Alejandria ha abierto una Mr. Alejandre, artista que fue de la academia real de música de Paris. Se han inscripto unos cien discipulos de ambos sexos, y segun un periodico frances, es probable que esten aprendiendo actualmente la *cachucha* y el *bolero*.

BAILES DE MÁSCARA. El que se ha dado en el gran salon de Oriente ha estado sumamente concurrido y la reunion ha sido escogida. Para esta noche se ha anunciado el tercero en el teatro del Príncipe: los dos anteriores han estado muy animados.

TEATRO DE MURCIA. El 15 del corriente se puso en escena á beneficio de D. Alejandro Basora la comedia en dos actos titulada *El Diablo nocturno*.

NUEVO COFRADE. Hemos recibidos de Valencia el precioso prospecto de un nuevo periódico literario que se titula Psiquis; se insertarán en él artículos de *educacion*, *historia*, *tocador y variedades*. La parte tipográfica nada deja que desear: esperamos ver los primeros números para juzgar del mérito de su redaccion. Se suscribe en la librería de Cuesta, frente á las covachuelas.

EL LABRIEGO, semanario político, empezará á publicarse á fines del presente mes. Si hemos de juzgar de este nuevo cofrade por su prospecto, le pronosticamos larga vida.

—Segun nos escriben de Sevilla, salieron de esta ciudad el dia 14 del presente mes, los Sres. Paul y Ratel con direccion á Madrid, á donde llegarán probablemente para los primeros dias de marzo.

NOTA.

El próximo viernes 28 *se repartirá la novela de Federico Soulié titulado* Las dos rosas.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.